

La experiencia de la técnica: nihilismo y movilización total en Ernst Jünger

Technique's experience: nihilism and total mobilization in Ernst Jünger

David Soto Carrasco

Universidad de Murcia

RESUMEN

El objetivo principal del artículo consiste en analizar la concepción de la técnica y la crítica a la modernidad en Ernst Jünger en los momentos cruciales de la Primera Guerra Mundial y la República de Weimar, como manifestaciones concretas de la consumación histórica del nihilismo y del declive del mundo burgués. Para Jünger, la experiencia de la Gran Guerra supuso el triunfo de la técnica, que no solo habría tenido un rol bélico decisivo, sino que prefiguraba una movilización total de la sociedad y la conformación de un orden nuevo. En este sentido, la técnica se impone como el fundamento metafísico de una época que se concreta en la figura del trabajador, que permite la superación del nihilismo, a través de la subsunción de trabajo a la violencia. Finalmente, se sintetizan las reflexiones de Jünger sobre la parcialidad y no actualidad de Weimar y se analiza su propuesta de movilización total, nacionalista e imperial.

PALABRAS CLAVE: técnica, nihilismo, movilización total, revolución conservadora

ABSTRACT

The article analyses the conception of technique and the critique of Modernity in Ernst Jünger at the crucial moments of the First World War and the Weimar Republic, as paradigmatic manifestations of the historical consummation of nihilism and the decline of the bourgeois world. For Jünger, the experience of the Great War represents the triumph of the technique, which not only would have had a decisive warlike role, but also supposes a total mobilization of society and the formation of a new order. In this sense, the technique is imposed as the metaphysical foundation of an era that is revealed in the figure of the worker, which allows the overcoming of nihilism, through the subsumption of labour in violence. Finally, it is analysed Jünger's reflections on the partiality and non-currently of Weimar and his proposal of total, nationalist and imperial mobilization.

KEY WORDS: tecnica, nihilism, total mobilization, conservative revolution

La masa mata de forma mecánica, despedaza y pisotea.

E. Jünger, *Sobre el dolor*, 1934.

BAJO EL ESTADO DE ÁNIMO DE LA GRAN GUERRA

La experiencia de la Gran Guerra y sus consecuencias provocaron un fuerte y decisivo impacto en la mentalidad de las élites políticas, intelectuales y artísticas europeas. Tal y como ha recordado Hölscher (2014: 194) difícilmente se encontrará en la Edad Moderna una guerra que los coetáneos hayan aguardado, temido e incluso ansiado tanto como la Primera Guerra Mundial. El recuerdo de la última gran guerra europea –de 1870– se retenía demasiado bien en la memoria para que una nueva contienda pudiese despertar algo de entusiasmo en las poblaciones –si alguna vez una batalla puede enardecerlo. A ello se le unía la entrada en escena histórica de una serie de fenómenos sociales, culturales y políticos nunca conocidos hasta la fecha. De la mano del desarrollo técnico se movilizaron a escala mundial poblaciones, recursos y materiales hasta entonces inconcebibles. La movilización de todas las capas sociales y géneros, el perfeccionamiento de la industria armamentística y de la maquinaria

propagandística alcanzaron un nivel fenomenológico hasta el momento no conocido. Estos y otros sucesos sin precedentes en las guerras europeas del siglo XIX, determinaron sin duda la suerte de la Gran Guerra. Una contienda que se caracterizó, sin duda alguna, por su duración, su energía y su crueldad.

Nunca antes en la historia del continente habían sido destruidos tantos cuerpos. Nunca antes la técnica había golpeado con tanta intensidad sobre la carne humana. Al menos, no en Europa (Ferro, 1990). Sin restricciones éticas reales, en la contienda se pusieron a prueba los desarrollos más actuales de la ciencia y de la tecnología bélica de la época. De la guerra limitada a lo Clausewitz se pasó a una guerra total sin restricciones ni barreras (McMillan, 1992; Galli, 2002). Se probó el fosgeno y el gas mostaza. Más de 125.000 toneladas de gas fueron esparcidas. Se calcula que los gases venenosos causaron cerca de 91.000 fallecidos (Moya, 1997; Jones, 2014; Avery, 2015, Padley, 2016). El balance general de la contienda resultó espeluznante: ocho millones de muertos, tres millones de viudas y diez millones de huérfanos (Casanova, 2020). En una nota crítica, uno de aquellos intelectuales, Walter Benjamin (1991, II.2, 247), no dudó en calificar la guerra como un “sinsentido mecánico” que eliminaba toda distinción entre civiles y combatientes. Para Benjamin, este acontecimiento no solo había dejado huella en las poblaciones, sino que había acarreado un gran vacío interior. Sin embargo, la asunción cultural de la experiencia traumática de la contienda bélica fue diversa y plural (Fussell, 2016). De ella, también brotó una serie de pensadores que tuvieron en común con Benjamin una posición primaria de renuncia a una interpretación racionalista o dialéctica de las contradicciones de su tiempo y que entendieron la crisis europea como un destino trágico o bien de Occidente o de la humanidad en su conjunto. Bajo esta perspectiva, podría inscribirse a autores próximos al círculo de intelectuales del Juni-Club, revistas como *Die Tat*, *Standarte*, *Die Deutsche Rundschau*, *Deutsches Volkstum* entre tantas otras y cuyos nombres más importantes, sin citarlos a todos, son Edgar Jung, Ernst Niekisch, Heinz O. Ziegler, Hans Freyer, A.E. Günter, Oswald Spengler, Ernst Jünger, etc., y a los que se podría vincular, con cierta afinidad superficial, Martin Heidegger y Carl Schmitt (Krockow, 2016). Se trata de nombres que han sido adscritos –no sin cierta distensión categoría– bajo la conocida denominación –no menos polémica– de “revolución conservadora”¹ (Breuer, 1995; Herf, 1988; Dupeux, 1992; Romualdi, 2002; Melio, 2003; Mohler,

¹ La expresión de “Revolución conservadora” fue forjada por Hugo von Hoffmannsthal en 1927 en el discurso titulado: “La literatura como espacio espiritual de la nación” pronunciado en el Auditorium Maximun de la Universidad de Múnich (Bourdieu, 1999, n. 47; Ramas San Miguel, 2019, p. 462).

2005). Para todos ellos, la Gran Guerra no solo se presentó como el lugar del horror y de la inhumanidad sino, principalmente, como un heroico campo de batalla. Por un lado, irrumpió una apelación a la intrepidez y la acción contra el principio racional y utilitario que, a su modo de ver, gobernaba un mundo moderno en decadencia (Simón Gómez, 2007).

En cierta manera, la influencia confusa de Nietzsche dominaba todo este horizonte (Löwith, 1974). El nihilismo fue asumido como diagnóstico de época. Es más, fue comprendido como una fase necesaria “dentro de un movimiento dirigido a metas determinadas” (Jünger, 1994: 18). Se denunció el racionalismo y se postergó el deseo burgués de seguridad para celebrar una arte de vivir concebido como un arte de combatir y de morir. En un sentido próximo, en 1909, el célebre *Manifiesto futurista* invocaba ya la guerra como “higiene del mundo”. En una sociedad en donde el mito del progreso había descarriado, el avance técnico fue considerado como lo único verdadero (Gil, 2010; Geroulanos, 2020). Como ha recogido Ramas San Miguel (2019), bajo la interpretación de Hugo von Hofmannsthal, el sentido nihilista del presente se transcendía si se era capaz de “reconocer a Dios en el torbellino de la técnica”. Sobre el pasado se elevaba un presente acelerado y artificial que proveía de instrucciones para el futuro (Griffin, 2010 y 2016). “Crepúsculo de la humanidad y “primavera de los pueblos” se convirtieron en metáforas poéticas y políticas comunes para proclamar un renacimiento social tras la contienda (Hölscher, 214: 202). Frente al reino de la civilización, la racionalidad y las mediaciones modernas –burguesas y/o liberales–, frente a su decadencia, se proclamó el retorno del mito, la libertad y la vida auténtica (Bourdieu, 1991: 31). Es este marco conceptual en el que debemos situar la aseveración de Jünger de: “El mito emerge en todos los tiempos” (1990: 93-94). Por supuesto, también se afirmó la muerte como *Bildung* (Losurdo, 2003). Los influjos de Sorel pasaron de recorrer el espectro de la izquierda para inducir en clave nacional la bancada de la derecha europea (Soto Carrasco, 2013 y 2018). En verdad, la “revolución conservadora” anunciaba mediante la exaltación de la técnica una revuelta romántica contra el desencantamiento de la modernidad (Traverso, 2009: 137). Pregonaba una nueva modernidad, pero una modernidad distinta: acelerada, comunitaria, exaltada, total. De la Gran Guerra podía ahora surgir un hombre nuevo. Es más, tal y como trazó el pintor inglés Paul Nash, de los troncos muertos y cráteres provocados por los bombardeos podía nacer “un mundo nuevo”. Si bien Nash no habló de heroísmo –tampoco de nacionalismo–, solo pretendió esbozar los estragos de la Gran guerra, pues consideraba que la experiencia del frente era “totalmente indescriptible” (Fussel, 2016). Ese observador atento, que era

Benjamin, pudo decir entonces que “el círculo de Jünger” había intentado convertir la guerra en una suerte de material para la estética, compensando la pérdida del sentido causada por un mundo derrumbando y el trauma bélico –tal y como el pintor inglés había trazado en el famoso óleo– en una teoría del “arte por el arte” (Mayorga, 2003: 132). Realmente, Benjamin comenzó pronto a advertir los riesgos de la estetización de la política.

La movilización bélica fue acompañada de una extremada campaña propagandista que polarizó las identidades culturales, las sociales y las nacionales (Mosse, 2005). Muchos de aquellos autores y pensadores que contemplaban el conflicto adoptaron una perspectiva nacionalista desde la que la experiencia de la Gran Guerra dotaba de sentido de pertenencia a los partícipes pero también a la época. Se glorificaron las cualidades de liderazgo tanto en el campo de batalla, como en la vida en general. Lo que llevó a Weber (1922) a hablar de “dominación carismática”. El soldado primero, el militante nacionalista después, deviene un ideal estético, que mediante la guerra convierte la virilidad y la voluntad de acción en un espacio de creación artística y de regeneración social. Por supuesto, vinculadas a este *ethos* no faltaron las recurrentes citas al legado mítico etnonacional de la historia alemana. En verdad, tampoco escasearon las referencias a las tradiciones más conservadoras de la historia nacional entre los distintos países intervinientes en el conflicto. Como luego se percibió, y como expuso bien Weber y analizó con criterio Hobsbawm (2010) con posterioridad, la época del fin del imperio estaba cercana. Sin embargo, allí donde no hubo conciencia de esta ruptura, el horizonte de expectativas imperial siguió intacto. Así como se avistó, la derecha política alemana pudo llegar a mantener las expectativas nacionalistas hasta su derrota en 1945. Lo mismo sucedería, bajo el síntoma de la nación tardía, con la interpretación española de tintes nacional-católicos.

En síntesis, el objetivo de este artículo es abordar la glorificación de la técnica en la Gran Guerra –y en la Europa de entreguerras– como manifestación plena de la voluntad de poder y como una apelación al heroísmo contra el principio de utilidad y de crisis aguda que gobernaba, a los ojos de aquellos intelectuales de la Revolución conservadora, el mundo moderno burgués. Para ello, el presente trabajo se centra de manera primordial en analizar críticamente la reflexión sobre la técnica, el trabajador y la movilización total planteada por Ernst Jünger (1895-1998), uno de los autores más importantes de la Revolución conservadora.

Con este objetivo, en el primer epígrafe se aborda la vivencia y narración de la Gran Guerra y sus consecuencias como experiencia interior en Jünger, expuesta

fundamentalmente en *Tempestades de acero* (1920) entre otros trabajos. En los siguientes epígrafes se presenta cómo la movilización total supone para Jünger el triunfo del nihilismo, que revelaba la figura trabajador –*der Arbeiter*– como nuevo tipo humano que surgía la contienda, debía ser el elemento característico de una nueva época y una nueva civilización que involucrase mediante la técnica en una misma esfera tanto movilización política como social.

Finalmente, se sugiere que bajo el estado de ánimo de la derrota de Alemania en la Gran Guerra, Ernst Jünger pudo reclamar unos años más tarde una decisión, una salida sin mediaciones frente a las ambigüedades de la República de Weimar. Una decisión capaz de penetrar en el núcleo del hombre y transformarlo en un trabajador al servicio de una movilización absoluta. En este contexto, se expone cómo el planteamiento de Carl Schmitt a todas luces se constituye un puente teórico y ontológico que irrumpirá como oportunidad heroica capaz de proponer un sujeto soberano para transformar a los hombres en trabajadores y soldados imasibles: en hombres uniformados. El soberano decide la forma y la identificación. Más allá del káiser y la república liberal de Weimar, para Jünger, el espíritu de los tiempos exigía un nuevo leviatán, un Estado total.

Este artículo presupone que el proyecto de Jünger para estos años, como para buena parte de la Revolución conservadora, distante de elementos reaccionarios, ofrecía una aceleración del tiempo histórico en pos de avanzar hacia otra modernidad y una epifanía de la vida. Igualmente se espera contribuir al análisis crítico-filosófico de las temáticas decadentistas de la derecha radical y su articulación de una racionalidad instrumental, comunitarista y deshumanizadora.

LA GUERRA DE MATERIAL

La Primera Guerra fue, si seguimos a Hobsbawm, un parteaguas entre el viejo siglo XIX y “el corto siglo XX”. Lo que Trasverso (2018), en una expresión de Ernst Nolte, ha denominado como “una guerra civil europea”, fue estimada en su momento por los países participantes que se trataría de una contienda corta en la cual los bandos participantes esperaban lograr una victoria rápida e incuestionable. Sin embargo, el propio desarrollo de las primeras ofensivas reveló pronto que la posibilidad de un final fulminante era realmente lejana. La batalla de Marne significó el fracaso de la ofensiva alemana, que progresivamente iría perdiendo fuerza y abriría el conflicto a una forma de guerra más larga, que retraída de encantos propagandísticos y recursos literarios vitalistas, revelaría en los diversos frentes toda su intensidad, crudeza y mortandad. La contienda se

transformó en pocos meses es una estática y empantanada guerra de trincheras que ningún ejército había previsto. Desde 1914 hasta 1918 la guerra se convirtió en un sistema de túneles y zanjas inamovible que ocupaba una superficie que se ha cifrado en alrededor de 40.000 kilómetros (Fussell, 2016). Más allá de la “tierra baldía”, estar en las trincheras era un proceso enclaustrado, soporífico, rutinario y estricto, que transformó la subjetividad de las poblaciones. En la trinchera, la carne se confunde con el metal y la tierra. Y el héroe se transforma en soldado. Las armas químicas, los bombardeos de artillería pesada, los edificios y ciudades demolidas, el fuego preciso e incesante de las ametralladoras, la indistinción entre combatientes y civiles y los miles de cadáveres brutalizaron las formas del combate, los lenguajes, las experiencias, los traumas y, en su conjunto, a la sociedad europea.

Como se indicaba al inicio de este artículo, la Gran Guerra tuvo un profundo impacto en quienes participaron en ella. No solo suscitó anhelos milenaristas o prometeicos sino que modificó –en la célebre expresión de Jünger– la “experiencia interior” de soldados y civiles. La brutalidad de la contienda y la mecanización de la matanza mediante la técnica transformaron la psique de aquellos individuos y de aquella sociedad perturbando por completo la comprensión política del tiempo, de la época y de la política. Así, las terroríficas imágenes de las trincheras y la frenética y ensordecedora potencia de la nueva maquinaria bélica transfiguraron el tipo humano pero también con una “escritura de guerra” (Rodríguez Paz, 2011: 2013) la comprensión metafísica del momento histórico. A este tenor, en *Tempestades de acero* (1920), Jünger describió apasionadamente, en un ensueño de lucha entre potencias divinas, los horrores de la trinchera y dibujó poderosas imágenes de las pesadillas de las guerras de material:

Mientras las dos artillerías enemigas se enzarzaban, a distancia, en un violento cañoneo mutuo, estalló una horrible tempestad, de modo que la furia de la tierra rivalizaba con la del cielo, igual que la batalla homérica de los dioses y los hombres (2018: 109).

Indudablemente, para Jünger, que participó como voluntario desde el primer momento, luego como lugarteniente, que intervino en ocho grandes batallas, incluida la gran batalla de material en el Somme (Kaempfer, 1981; Schöning, 2014), herido siete veces y, más tarde, jefe de compañía en el Regimiento de fusileros Príncipe Alberto de Prusia, la guerra representó un suceso capital que hacía saltar por los aires los cimientos de la sociedad burguesa. Para Heidegger

(2013: 288), el “poetizar, pensar y decir” de Jünger estaba determinado por la Primera Guerra Mundial. La guerra de materiales –la guerra técnica–, ofrecía a la sociedad la posibilidad de una metamorfosis tanto exterior como interior. De un lado, ponía fin al modo de vida burgués que para Jünger empobrecía la vida:

La Gran Guerra despertó violentamente de su sueño de Bella durmiente a aquella pacífica población y la transformo en un foco de batallas gigantescas. Una vida nueva y ajetreada pasaba con estruendo por el desigual empedrado de sus calles y hacía temblar los cristales de las pequeñas ventanas de las casas; detrás de aquellas ventanas acechaban rostros angustiados (2018: 165).

La contienda se convertía en una fragua en la que se deshacía el viejo mundo para transformarlo en un nuevo orden en el que el nuevo hombre podía encontrar la redención, lo verdadero y la vida auténtica. Como analizó Heidegger, en *Tempestades de acero* Jünger elevó el comunitarismo de los “soldados del frente”, la “camaradería” y el “nacionalismo” de los “verdaderos combatientes” a “ideal” de vida tras la contienda. La guerra, como describe el propio Jünger en *El bosquecillo 125* (1924/25), se torna “una conversación fantasmal” entre el viejo mundo y los espíritus de los combatientes fallecidos. Para Jünger, la excitación de la vigilia, la imposibilidad de sueño ante la guardia constante, posibilita una vida “más enérgica”, la del soldado frente al burgués. De manera que la trinchera se convierte en la forma del espíritu de época. Con rotundidad expresa Jünger:

Tal vez no haya ningún otro lugar en el que se perciba mejor que aquí en la trinchera la manera en que el espíritu de una época se cae a pedazos, cual un rastroso vestido (2018: 337).

Aquella trasmutación epocal que Jünger pretendía fue apreciada correctamente por Heidegger cuando sostuvo que el literato alemán percibía lo militar y lo humano en la guerra más allá de lo comunitario, del socialismo o del nacionalismo. Se trataba de una concepción de la guerra como una experiencia metafísica. Como ha señalado Ramas San Miguel (2014), para Heidegger, Jünger nos permite mostrar el periodo de Weimar como la consumación de la modernidad. Así pues, vinculó la lectura de *Tempestades* con Nietzsche. En el análisis heideggeriano, la Gran Guerra consume el nihilismo negativo y de ella “ve surgir” una “realismo heroico”. Es más, deviene, para Heidegger, en un claro síntoma schmittiano, “realidad decisiva” (2013: 294). De este modo, Jünger

ofrecía mediante la experiencia privilegiada de la guerra –que para Heidegger se desplegaba “conforme a nuestro momento histórico”– una posición metafísica que, desde la comprensión de la voluntad de poder nietzscheana, se alzaba sobre la época para deshacerla y ofrecer desde sus escombros un sujeto heroico y la apertura a una realidad nueva.

De otro lado, la batalla, por tanto, no solo se aclama desde la “brutalidad ciega” sino que desnuda el momento histórico y brinda, desde el dolor y el sufrimiento del sujeto que participa en la contienda, una *Bildung* (Ocaña, 1996: 23). El dolor se convierte ahora en una interpretación del propio dolor. Se objetiva y torna al cuerpo en mero instrumento: en carne disponible para un sacrificio. En este sentido, al final de *Sobre el dolor* (1934), el mismo Jünger recoge el estado de ánimo preciso que debía surgir de las guerras de materiales. Allí, el escritor se percata de que tras la contienda nuestra relación con el dolor ha cambiado de manera definitiva:

Hoy estamos viendo que campamentos, marchas, maniobras llenan valles y llanos. Estamos viendo que los Estados son más amenazadores y se hallan más pertrechados de armas que nunca; que en cada uno de sus detalles esos Estados se orientan al despliegue del poder; y que disponen de tropas y arsenales sobre cuyo destino no es posible albergar duda ninguna. Estamos viendo cada vez más claramente también que la persona singular va a parar a una situación en la que puede ser sacrificada sin reparos. A la vista de todas esas cosas surge esta pregunta: ¿estamos asistiendo aquí a la inauguración de aquel espectáculo en el que la vida sale a escena como voluntad de poder y nada más?” (1995: 82-83).

El dolor, el sufrimiento, la violencia, la disciplina y la muerte –la experiencia de la batalla– provocan una transformación de la vida interior que conduce a una nueva individualidad extasiada, orgiástica por momentos, celebradora de la vida, que supone la superación experiencial del nihilismo y que proclama, junto al nacimiento del héroe surgido de la contienda, la forja de una nueva época. “La embriaguez es para nosotros una pregunta que hacemos a la vida” (2018: 389), culmina Jünger en *El bosquecillo 125*. En proximidad con la experiencia romántica, la vivencia bélica se convierte en una intensificación excepcional del tiempo mediante la cual la totalidad del mundo exterior deviene al unísono vivencia interior. Es más, para el literato alemán, en la experiencia del dolor, en las imágenes de las ciudades incendiadas por los bombardeos, “en medio de la aniquilación histórica” se realizaba la figura del tiempo: el sacrificio imponía una original óptica. La guerra de material, cual fragua de Vulcano, alumbraba así un

nuevo tipo humano, “el trabajador”, “el hombre forjado a martillo”, un híbrido entre el soldado y el héroe (1994: 32). En la trinchera el uniforme se convierte en un equipamiento bélico que lo protege del dolor. Jünger llega al punto de afirmar entonces que:

una de las características de un tiempo nuevo es que en él la sociedad burguesa está condenada a morir, y tanto da que se exponga su concepto de libertad en la masa que lo exponga en el individuo. Aquí el primer paso consiste en cesar de pensar y sentir dentro de esas formas; y el segundo, en cesar de actuar dentro de ellas (1990: 29).

El trabajador se concibe así mismo como el portador de futuro. La Gran Guerra manifestaba el triunfo de la técnica y, con ella, como veremos en los próximos epígrafes, el inicio de la época del trabajo y de la movilización total. En verdad, Jünger afirmaba la generación nacida de una guerra pero, en un gesto no muy distinto al de Heidegger en *Ser y tiempo*, la lanzaba hacia otra.

LA NUEVA FORMA: EL TRABAJADOR

La obra con la que Jünger completa su nueva interpretación de época tras la Gran Guerra es *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt* (1932). En ella, el novelista alemán describió como las viejas formas eran remplazadas por otras nuevas que emergían de la contienda. Si en los escritos sobre la experiencia de las trincheras la voluntad de acontecimiento estaba todavía oculta –aunque latente–, ahora Jünger aseveraba que los cambios se podían apreciar a simple vista. Ahora el escritor podía vincular el hallazgo de la Gran Guerra, experimentada por él mismo con el cambio de la forma –y de sus apariciones– de los fenómenos de los años 30. En este sentido, *El trabajador* ha sido considerada la contribución más extensa, exigente y significativa de Jünger de interpretación de la Primera Guerra Mundial con vistas a ofrecer un diagnóstico pero también un pronóstico (Brokoff, 2014). El ensayo publicado en la fase crítica de la República de Weimar marca un punto de inflexión en la propia bibliografía del autor. El texto se centra en la suscitada declinación de la sociedad burguesa y el amanecer de una nueva era dominada por el dominio de la figura de “el trabajador”. En segundo lugar, se plantea una concepción metafísica de la vida y de la época expresada en la forma del trabajador. Para Heidegger (2014: 25), en Jünger el plan de creación y el plan del trabajo son metafísicamente lo mismo. Se trata de una “especie de subjetividad” que se presenta al mismo tiempo como “cálculo de una voluntad de poder” y, por

tanto, como última “verdad” sobre el ente en su totalidad. Por ello, es esencial la comprensión que aquí se realiza de la técnica. Mediante ella, el “trabajador” deja de ser “siervo incondicional” para transmutarse mediante su ejecución libre en “señor incondicional”. A través de ella, el trabajador planifica-cultiva-calcula la totalidad del ente. La técnica convierte al trabajador en un artista y al trabajo y a la política en arte. En último lugar, estamos aquí ante un manifiesto antiliberal, antiparlamentario y antidemocrático en la estela de la propuesta de la Revolución conservadora que esboza ya un Estado totalitario ideológicamente ligado al nacionalismo alemán, que se debería vincular a las formaciones ideológicas del nazismo (Sontheimer, 1992; Breuer, 1995). Se observa aquí el *ethos* propio del joven forjado en la trinchera. No hay rastro de elementos moderadores, de una distancia contemplativa, la vida ante todo se ha convertido en acción, combate y muerte.

Para Jünger, la Gran Guerra ha puesto de relieve que todas las formas, órdenes y categorías políticas que la modernidad había levantado sobre la racionalidad ilustrada se habían reducido a nada. La guerra habría mostrado, con evidencia, el triunfo de la técnica y de la autodestrucción que le es propia. De manera que la comprensión del mundo ya no es aquí racional o dialéctica, sino trágica. La caída de esta comprensión epocal implica, para Jünger, el derrumbamiento de la sociedad burguesa tal y como se ha desarrollado en Europa desde la Revolución francesa: “la sociedad burguesa está condenada a morir” (1990: 29). En la estela nietzscheana, su caída es el requisito necesario para su superación. El colapso del burgués abre la era de un nuevo tipo humano: el trabajador. Aquí, la proximidad con el Schmitt crítico con el parlamentarismo y con la democracia se hace transparente. En el planteamiento de Jünger, la relación que el trabajador mantiene con la sociedad “no es una relación de antítesis, sino una relación de alteridad” (1990: 33). Su lucha es una lucha a muerte con el burgués. En este punto, la figura del trabajador se confunde con la del soldado. Es más, Jünger reconoció en el soldado del frente el antecedente del trabajador. Mientras que el burgués no conoce la muerte ni el peligro, ni el dolor; estos hombres no han dejado en ningún momento de sentirlos como propios. Se han convertido en máquinas. O al menos actúan maquinalmente, como percibió Heidegger. Sin embargo, su suerte no depende solo del peligro, sino de la valentía. Aquí la argumentación de Jünger enlazó con la de Heidegger cuando este demandó al hombre surgido de la guerra que fuese capaz de elegirse a sí mismo aceptando su destino. Jünger planteó, de esta manera, una nueva de existencia colectiva bajo la forma del trabajador, un orden nuevo que no descansaba sobre la estabilidad, sino sobre la movilización y el riesgo. Evidentemente, la propuesta de Jünger

pretendía arrumbar todas las categorías del viejo orden –y su legitimidad– haciendo de la excepción la realidad plena. En verdad, para Jünger, Weimar representaba la culminación de lo viejo:

A la mirada del trabajador no puede escapársele que la nueva sociedad es un calco de segunda mano, un calco más vulgar todavía, de la vieja sociedad (1990: 32).

En consecuencia, en la medida en que el trabajador es una superación del burgués, el apocalipsis que el literato alemán plantea se convierte en un acto revolucionario y subversivo. Su fin en sí mismo es crear una nueva sociedad:

El acto mediante el cual logra el trabajador quitarse de encima ese espacio (la sociedad burguesa) consiste precisamente en verse a sí mismo como figura y dentro de un orden jerárquico de figuras. En eso se basa también la más honda justificación de su combate por el Estado, una justificación que ahora ha de invocar no una interpretación nueva del contrato, sino una misma encomendada de manera directa, un destino (1990: 45).

Jünger descubre en el trabajo, el elemento de la nueva temporalidad. Pero no se trata, como se puede percibir, del trabajo por el que el hombre logra el dominio del mundo y se convierte en dueño de sí mismo. En su reflexión no cabe una interpretación marxista del trabajo. Todo lo contrario, Jünger percibió la conciencia de clase como “uno de los resultados del pensamiento burgués y una distensión y una disolución de la sociedad burguesa” (1990: 92). El trabajo que aquí se conceptualiza tiene que ver con un tipo humano, no con un individuo; un tipo humano apto para hacer uso de la técnica y de su potencial destructivo y creador. Desde el punto de vista de Jünger, la técnica es concebida como “el modo y manera en la que la figura del trabajador moviliza el mundo” (1990: 148). Es a la vez su uniforme y su instrumento, una herramienta que abre paso a un nuevo modo de vida. En consecuencia, el trabajador culminaría la historia moderna de la metafísica pero también de la civilización. Podía llevar a los individuos a una vida auténtica, pero también a Alemania. Adoptando hasta sus últimas consecuencias el gesto nietzscheano y su metafísica del artista, Jünger proyectó un tipo humano que debía lanzarse a la construcción de una nueva Alemania y de una nueva cultura. El mundo nacido de la guerra, dijo entonces Jünger, se asemejaba “enteramente a un taller” (1990: 190) en contraposición a la actividad del museo típica de la sociedad burguesa. Representa el futuro frente al pasado. Mediante la técnica, el trabajador impone un nuevo dominio, un nuevo

orden asentando en la excepcionalidad de una vida peligrosa. Jünger con ello propone un orden que rompe por completo con el fin del estado de moderno, la estabilidad y la seguridad, para imponer un mandato de excepcionalidad constante que desvelaría la autenticidad de la vida. Por ello, la técnica se muestra como un principio con capacidad de producir formas y órdenes porque, en la medida en que a través de ella se entraba en contacto con la vida auténtica, se expresaba el nihilismo como el sentido último de la época, pero también se ofrecía su superación.

En suma, en Jünger la experiencia interior de la trinchera –plena de revanchismo nacionalista– se hacía forma. A su modo de ver, la Gran Guerra prefiguraba el triunfo de la figura del trabajador o, al menos, apuntaba a su dominio. En ella, el novelista advirtió la subsunción del trabajo a la violencia y la militarización completa de la sociedad. Al mismo tiempo, experimentó la disolución de las fronteras entre la paz y la guerra, entre soldados y civiles y la energía incontenible de la técnica. Todo ello significó para Jünger la culminación de una forma de existir colectivo. En este sentido, la propuesta social y política ofrecida por Jünger fue un “Estado de trabajo”, un modelo social organizado bajo una estructura militarizada, jerárquica y nacionalista. A su modo de ver, el Estado liberal era incapaz de hacer cargo de la vivencia del peligro que inundaba Europa desde la Gran Guerra. Solo el trabajador, el arquetipo de la época, podía ordenar la sociedad en tanto en cuanto se servía de las formas fenomenológicas propias del tiempo histórico: la industria y la técnica. En verdad, concibió el mundo con los rasgos propios y la excepcionalidad de un campo de batalla. Con ello, Jünger venía a decir que la Alemania republicana y constitucional nacida tras la derrota no podía generar una vida auténtica. Al contrario, el estado democrático de Weimar era el último colofón del declive del mundo burgués. Merecía sufrir. Solo le restaba perecer: “la atmosfera de la ciénaga, solo las explosiones pueden purificarla” (1990: 233).

En lo social, la interpretación precisa del tiempo histórico pasó por reconocer el dominio planetario del trabajador. En lo político, para el autor de *Sobre los acantilados de mármol*, cualquier soberanía nacía de la guerra y se asentaba sobre dominio técnico del mundo. De este modo, Jünger, cuando la República de Weimar entraba en una profunda crisis que acabaría con ella, pleno de ilusiones nacionales e imperiales adornadas de una estética nietzscheana, sublimaba los elementos traumáticos y descompensados del pueblo alemán para afirmar una movilización total.

HACIA LA MOVILIZACIÓN TOTAL

Como ha puesto de relieve Griffin (2010), en *Der Arbeiter* Jünger teorizaba con una “prosa metapolítica” de gran estilo la aparición de un nuevo tipo de hombre nacido de “la madre tierra de la raza” que en el Estado venidero debía encarnar los principios de trabajo y de la “movilización total”. Aquella *Arbeitsgesellschaft* [sociedad de trabajadores], que el literato alemán había profetizado, representaba, como arriba se ha planteado, la superación del nihilismo pronosticado por Nietzsche y de la decadencia de Occidente augurada por Spengler. La Gran Guerra suponía, para Jünger, un cambio radical en la configuración de los individuos, de la compresión del tiempo y, por supuesto, de las sociedades. El progreso técnico –propiciado por la contienda– llevaba a las masas, bajo esta compresión, al escenario de la historia. La guerra sometió tanto a soldados como a civiles a una larga disciplina de combate a la par que los consumía en los mataderos de las trincheras. La guerra propiciaba, por lo tanto, una doble enseñanza. Por un lado, mediante el dolor y la desesperación, el hombre descubre la finitud y la realidad de la vida. El dolor se convierte aquí en un tránsito, revela la muerte de una sociedad pero al mismo tiempo se experimenta y anuncia el parto histórico de una configuración planetaria nueva (Ocaña, 1996: 109). Así, la experiencia de la guerra muestra la disponibilidad plena de la vida. De modo que Jünger, entendió la vida como una energía potencial dispuesta a ser consumida violentamente por el nuevo mundo.

La más honda felicidad del ser humano consiste en ser sacrificado y el arte supremo de mandar consiste en señalar metas que sean dignas del sacrificio.

La existencia de un tipo humano es un capital que aún no ha sido reclamado ese tipo humano nuevo es la más afilada de las armas ofensivas, es el supremo medio de poder que está a disposición de la figura del trabajador (1990: 76).

Por otro lado, dado que la guerra dependía de la producción industrial, Jünger vinculó la técnica a los cuerpos y a las masas. Aquella era la base de la percepción de que el trabajador se había hecho soldado. Si la guerra de materiales destruía de manera fulminante producción y carne, todo estaba vinculado con ella íntimamente. Jünger era plenamente consciente de ello cuando señalaba que el “siglo XIX no conocía este espacio” (1990: 270). El siglo XX le había enseñado que ya no había distinción legítima alguna entre esferas de acciones. De hecho, en la guerra dominada por el estado de sitio no hay distinción entre lo público y

lo privado. La guerra impregnaba toda la lógica social y política, determinaba las necesidades de la técnica, movida por un solo objetivo: la producción para la destrucción. Esta equiparación de la sociedad a la guerra es la movilización total. Esta era la propuesta real de Jünger: la novedad de los tiempos exigía actualidad, radicalidad y totalidad. Si se quería superar el nihilismo epocal, nada podía quedar fuera de la movilización total.

Sin embargo, a nuestro modo de ver, Jünger iba más lejos que cifrar poéticamente una ontología de la política. En realidad estaba intentando trazar una propuesta más radical sobre la base de una hermenéutica de la gran historia de la metafísica occidental. Por ello, hizo coincidir la tentativa de decadencia del mundo burgués con el final de la Gran Guerra. Así pudo indicar que si Alemania quería desempeñar algún papel en Europa era preciso estar a la altura de los tiempos. Si Alemania quería competir con Rusia y Estados Unidos –los otros dos estados totales bajo su criterio– tenía que estar en posibilidad de llevar a cabo la movilización total de todos sus recursos.

El autor de *El corazón aventurero* leyó el momento político de Alemania en clave de continuidad metafísica, vinculando con irresponsabilidad el fin de la guerra y la crisis de Weimar. Si la derrota en la Primera Guerra Mundial significaba el nacimiento de un nuevo mundo, a ojos de Jünger, no había ningún sentido en continuar con la experiencia histórica burguesa que Weimar encarnaba. En otras palabras, Jünger interpretó la guerra mundial como un primer conato de guerra total pero, bajo su perspectiva, la inadecuada orientación de los recursos sociales y técnicos hacia la guerra, es decir, la falta de totalización, había conducido al II Imperio al fracaso. De este manera, declaró la totalidad como índice del presente. En consecuencia, vinculó el fracaso de la Gran Guerra con las dificultades de la joven república alemana. El relato “filosófico poético” (Koslowski, 1991) del literato venía a decir que Alemania no había ganado la guerra porque todavía el imperio del káiser Guillermo II no había posibilitado una movilización total, sino una movilización que “seguía revistiendo el carácter de una medida parcial” como consecuencia de una forma de comprensión del poder político propia del siglo XIX (1995: 94). Bajo aquella interpretación, el káiser no habría sido capaz de encauzar todos los recursos (económicos y militares) para la guerra:

Alemania, sin embargo, aunque hubiese ganado la batalla del Marne y hubiese ganado también la guerra submarina, tenía necesariamente que perder la guerra en su conjunto; y tenía que perderla porque, no obstante la responsabilidad con que había preparado la movilización parcial, sustrajo grandes áreas de su fuerza a la movilización total (1995: 106).

Habría todavía operado con la razón de Estado propia de una corte absolutista que se vuelca en su exclusiva supervivencia. De este modo, Jünger vino a decir que aquella Alemania carecía de actualidad, pero también la República estaba privada de ella. La cuestión más preocupante que aquí revela el estado de ánimo de Jünger con gran intensidad es que a la altura del año 30, consideraba que la paz era un periodo transitorio y secundario, un paradigma del ocaso alemán y también de Europa. De hecho, el ensayo *La movilización total* (1930)² –como también sucedía con *El trabajador*– rebosaba de fragmentos que denunciaban la incapacidad de Alemania –tanto la monárquica como la republicana– para una “movilización total” y proclamaba la necesidad de corregir ese fracaso en el futuro mediante la irrupción de un proceso carismático jerarquizado:

Hacer realidad esos equipamientos es la tarea de la movilización total, un acto mediante el cual una única maniobra ejecutada en el cuadro de distribución de la energía conecta la red de la corriente de la vida moderna –una red dotada de amplias ramificaciones y de múltiples venas– a la gran corriente de la energía bélica (1995: 98).

A los ojos de Jünger, lo que Alemania requería ahora era una movilización completa de la industria alemana, su Estado, su burocracia y de su población. Es decir, la actualidad requería de la entrega completa y absoluta de todas las energías sociales en los campos de Marte. Por ello, todo el texto está plagado de metáforas energéticas que vislumbran una máquina que no puede dejar de ser alimentada de carne, carburante y metal; pero que también dejan sentir el anhelo de otra gran batalla. Sin mediaciones, la actualidad de lo total exigía, para el literato, un desempeño completo y una obediencia sin restricciones, levantada sobre una moral de sacrificio y dispuesta a hacer sacrificios por la guerra futura. No podía haber movilización plena de recursos, sino existía una movilización total de las almas. Con un tono exaltado, que presagiaba por momentos lo que estaba por venir, Jünger, que era plenamente consciente de que una moral de sacrificio requería “un fenómeno de rango cultural” (1995: 98), demandó una

² El ensayo apareció en 1930 como contribución a la antología *Krieg und Krieger*, editada por el propio Jünger y que recogía contribuciones de otros intelectuales nacionalistas (Wihlhelm von Schramm, Friedrich Georg Jünger, Albrecht Erich Günther, Ernst von Salomon, Friedrich Hielscher, Werner Best y Gerhard Günther). Un año después sería nuevamente publicado en solitario y en 1934 se incorporó a la serie de textos *Blätter und Steine* (Bröckling, 2014).

movilización total que “parte de la fe”. Sin limitaciones subjetivas, en una experiencia interior sublimada mediante una experiencia de la muerte próxima a la religión, la conciencia queda suspendida y la entrega a la movilización total se hace completa. La guerra se convertía en un acto creativo. El trabajador-soldado aparece a la sazón como la forma auténtica del hombre que ha superado la crisis de la época burguesa. Eligiéndose a sí mismo, elige la muerte. Y, en consecuencia, el Estado, compuesto por las masas de trabajadores solo podía estar orientado a la guerra, porque solo en el Estado total, podía realizarse el destino del trabajo: su consumación. Es más, su función no era otra que disponer todos sus recursos para la movilización. De este modo, de la mano de absolutización del trabajo –mejor dicho, de la mano de la absolutización de experiencia de la trinchera y del dolor– se profetizaba la transformación de la vida entera en una revolución nacionalista, militarista e imperial.

LA NECESIDAD DE UNA DECISIÓN

En síntesis, a estas alturas de la trayectoria de Jünger³, la técnica era concebida como un sistema interpretativo de la realidad que, desde su lógica y su dinámica, posibilitaba una vida auténtica y originaba una propia metafísica de la técnica y una ontología política. La experiencia de la Gran Guerra acarrea que la técnica fuese asumida de manera trascendente como negadora de la aspiración burguesa de dominar racionalmente el mundo pero dotada de la capacidad de producir, por sí misma, una configuración objetiva, un orden. No se percibe la técnica, por tanto como un elemento caótico o un malestar epocal, sino bajo el principio de la *Gestalt*: una forma no subjetiva que cristaliza en una potencia vital que impone al mundo y a la historia su propia y nueva figura de orden. Su configuración es superior a la económica y a la política. Se concibe como una expresión metafísica que configura el trabajo, que domina al mundo y al hombre y que opera en ellos mediante la movilización frenética de la vida exaltándolos hacia una transcendencia (Galli, 2010). En términos schmittianos, se puede decir que su dominio abstracto del mundo debía concluir produciendo una forma adecuada: total.

³ Tras la Segunda Guerra Mundial, tanto Jünger como Heidegger experimentan un ambiguo optimismo con respecto a la superación del nihilismo técnico, tal y como pone de relevancia los ensayos recogidos en *Über “Die Linie”* y en sus discusiones posteriores.

Sin embargo, aunque la técnica es en esta aproximación en sí misma una metafísica, su trabajo se configura sobre una realidad histórica concreta. La técnica pone a disposición de la vida todas las fuerzas del hombre moderno en la figura del “trabajador”, ese nuevo titán, capaz de transmutar la relación burguesa entre sujeto y objeto. El trabajador ejerce la *Herrschaft*, el dominio del mundo. Tiene la realidad a su disposición. Esto implica una superación del sujeto burgués y, en consecuencia, la superación del nihilismo que, para el joven Jünger, se revelaba en la configuración nacida de la Gran Guerra y de la crisis de Weimar. La técnica permitía “abrir galerías hasta la sustancia” (1995: 119). En el espacio del nihilismo cumplido que la República alemana representaba para Jünger, la técnica revelaba la decadencia progresiva de época ilustrada. Entraba en contacto con las energías telúricas para mostrar –tal y como se materializó con toda su crueldad en la Gran Guerra– su diabólica eficacia. Mediante la movilización total planetaria de la técnica, pretendía dar por finalizada una época. Cuando se aterriza esta poética metafísica a la realidad histórica, observamos que Jünger lo que estaba exigiendo era una solución para la situación intermedia que Weimar representaba. Entre la paz y la guerra, la república constituía para el joven escritor alemán una situación de relativismo, de ambigüedad y de perseverancia en la forma del nihilismo moderno. Significaba persistir en la decadencia de Alemania. Un espacio intermedio que debía ser superado para reordenar “la grandes formaciones de la vida”. Si la actualidad era la totalidad, esta debía ser asumida.

En verdad, a través de la lectura de Schmitt, Jünger vino a reclamar desde la evocación de la movilización total, del desvelamiento de la sustancia metafísica del mundo mediante la técnica, la figura de un soberano⁴. Con Schmitt, exigió una decisión. En una dirección epifánica, que había entendido que el soberano es el que decide el Estado de excepción (Schmitt, 2009: 13), señaló la necesidad de un soberano total que rompiera el estado de inacción y de ambigüedad pacífica de Weimar (Villacañas, 1999; Krocklow, 2016). Si en el contexto planetario triunfaba una voluntad de imperio y Alemania quería volver a tener un rol decisivo, debía configurar una forma total. Esta cuestión para Jünger no podía culminarse bajo, lo que a su modo ver constituía, la incapacidad deliberativa, decadente, parcial de la democracia constitucional. El nuevo soberano debía proclamar, a diferencia de la movilización parcial realizada por el káiser o por la república, una movilización total capaz de penetrar en el interior de los hombres y transfórmalos en trabajadores ofrecidos al sacrificio de una militarización

⁴ A diferencia de Schmitt, Jünger considera que la técnica podía ser configurada en una nueva forma (Galli, 2010: 144).

plena. Expresado en su lenguaje de gran estilo, se trataba de abrir un espacio post-burgués en la subjetividad, sustraerla del mundo defensivo institucional-democrático y ofrecerle un dominio ofensivo del planeta que entrase en contacto con los elementos primordiales de la vida auténtica. La sublimación que el trabajador reclamaba solo podía disponer de una sociedad jerarquizada, que instaurara en la cumbre de las frías y maquinistas masas un militar. No uno de rasgos decimonónicos, todavía cortesano, parcial y aburguesado. Alemania debía militarizarse o sucumbir. Debía levantar un leviatán mecánico. Esa era la gran experiencia de la Gran Guerra. De ella, había extraído Jünger las enseñanzas para un nuevo hombre y para un orden nuevo:

A pequeña escala ese espíritu encuentra ya su expresión en la tropa de choque, ese prodigioso trabajo acordado del ataque humano; y a gran escala apunta en la ofensiva alemana de la primavera de 1918, que es significativa no tanto por sus medios cuanto por su exactitud implacable – por el proceso de los motores, en el que se expresa la voluntad del general en jefe convertida en voluntad abstracta (1995: 141).

Llegado ese momento Jünger no dudó en afirmar que el trabajador era la figura que portaba un Estado nuevo, que revelaba la forma del tiempo histórico. Aquí el lenguaje nacionalista e imperialista de Jünger se impone sin cortapisas. Si el káiser no consiguió cumplir la exigencia de la movilización total que exigía la época, la República de Weimar estaba todavía más incapacitada si cabe para llevarlo a cabo. La “fría reglamentación” de la democracia disolvía lo que debía ser la manifestación última y auténtica de la patria, de manera que los principios liberales sumían a la Alemania de entreguerras en una inactividad histórica. Sin una movilización completa, el liberalismo diluía el Estado en intereses particulares y, con más intensidad, el socialismo en clases. Jünger asumía así el destino de Schmitt, reclamaba que de la mano vigorosa del trabajador y de su “superioridad” técnica –que era desdeñada por el burgués–, sobreviniera un retorno a una pasión capaz de embarcar a toda la nación en una auténtica decisión:

El Estado se reveló como una continuada traición doble, la alta traición al soberano y la traición a la patria [...]. Las mejores encarnaciones de esa juventud, se declararon inmediatamente partidarios de una rebelión mediante la cual se dio expresión al hecho de que dentro de ese espacio es infinitamente más apetecible ser un criminal que un burgués. [...] Esa distinción es una distinción entre la aurora y el ocaso. Y éste es nuestro

credo: que la aurora del trabajo significa lo mismo que una nueva aurora de Alemania (1990: 32).

De este modo, el literato enlazó la decadencia y el renacimiento de Alemania con la guerra. Si una contienda la había llevado a la consumación, otra podría renovarla. Solo que ahora se trataba de movilizar todas las energías vitales de la nación. Con gran elegancia estilística y erudición literaria, sobre el podio de su experiencia de la Gran Guerra, a la altura del año treinta, Jünger entregaba a Alemania a la movilización total y mediante una concepción metafísica de la técnica y de la época ofrecía a la joven república constitucional de Weimar al sacrificio de entregar la vida por la nación disponiendo a todo un pueblo a la tragedia.

BIBLIOGRAFÍA

- EVERY, D. (2015): "Chemical Wars", en *Twentieth-Century War and Conflict. A Concise Encyclopedia*, editado por G. Martel, Oxford, Wiley-Blackwell.
- BENJAMIN, W. (1991): *Gesammelte Schriften*, 7 vols, ed. y notas de R. Tiedemann y H. Schweppenhäusser, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- BOURDIEU, P. (1999): *La ontología política de Martin Heidegger*, Barcelona, Paidós.
- BREUER, S. (1995): *La rivoluzione conservatrice: il pensiero di destra nella Germania di Weimar*, Roma, Donzelli.
- BRÖCLING, U.: (2014): "Die totale Mobilmachung (1930)", en *Ernst Jünger-Handbuch. Leben-Werk-Wirkung*, editado por M. Schöning, Stuttgart, Springer-Verlag GmbH Deutschland, pp. 100-104.
- BROKOFF, J. (2014): "Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt (1932)", en *Ernst Jünger-Handbuch. Leben-Werk-Wirkung*, editado por M. Schöning, Stuttgart, Springer-Verlag GmbH Deutschland, pp. 105-116.
- CASANOVA, J. (2020): *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, Barcelona, Editorial Planeta.
- DUPEUX, L. (1992): "Révolution Conservatrice et modernité", en *La Révolution conservatrice dans l'Allemagne de Weimar*, editado por L. Dupueux, París, Kimé, pp. 17-43.
- FERRO, M. (1990): *La Grande Guerre, 1914-1918*, París, Folio, Gallimard.

- FUSSELL, P. (2016): *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner Publicaciones.
- GALLI, C. (2002): *La guerra globale*, Roma-Bari, Laterza.
- GALLI, C. (2010): *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Bologna, Il Mulino.
- GEROULANOS, S. (2020): "The Assemblage of The Nazi New Man: The «Empty» Present, the Incipient Ruin and the Apocalyptic Time of *Lebensraum*", en *Power and Time. Temporalities in Conflict and the Making of History*, editado por D. Edelstein, S. Geroulanos y N. Wealthey, Chicago, London, The University of Chicago Press, pp. 173-200.
- GIL, I.C. (2010): "The Visuality of Catastrophe in Ernst Jünger's *Der gefährliche Augenblick* and *Die veränderte Welt*", *KulturPoetik*, 10(1), pp. 62-84.
- GRIFFIN, R. (2010): *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Barcelona, Akal.
- GRIFFIN, R. (2016): "Fascism's modernist revolution: A new paradigm for the study of right-wing Dictatorships", *Fascism*, 5(2) pp. 105-129.
- HEIDEGGER, M. (2013): *Acerca de Ernst Jünger, Ciudad de Buenos Aires, El Hilo de Ariadna*.
- HERF, J. (1988): *Il modernismo reazionario: tecnologia, cultura e politica nella Germania de Weimar e del Terzo Reich*, Bolonia, Il Mulino.
- HOBBSAWM, E. (2010): *The Age of Empire: 1875-1914*, London, Hachette.
- HÖLSCHER, L. (2014): *El descubrimiento del futuro*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- JONES, E. (2014): "Terror Weapons: The British Experience of Gas and Its Treatment in the First World War", *War Hist.*, 21, pp. 355-375.
- JÜNGER, E. (1990): *El trabajador. Dominio y figura*, Barcelona, Tusquets editores.
- JÜNGER, E. (1994): "Sobre la línea", en *Acerca del nihilismo*, E. Jünger y M. Heidegger, Barcelona, Paidós.
- JÜNGER, E. (1995): *Sobre el dolor seguido de La movilización total y Fuego y movimiento*, Barcelona, Tusquets editores.
- JÜNGER, E. (2018): *Tempestades de acero seguido de El bosquecillo 125 y de El estallido de la Guerra de 1914*, Barcelona, Tusquets editores.
- KAEMPFER, W. (1991): *Ernst Jünger*, Bolonia, Il Mulino.

- KOSLOWSKI, P. (1991): *Der Mythos der Moderne. Die dichterische Philosophie Ernst Jünger*, München, W. Fink Verlag.
- KROCKOW, G. von (2016): *La decisión. Un estudio sobre Jünger, Carl Schmitt y Martin Heidegger*, Madrid, Tecnos.
- LOSURDO, D. (2003): *La comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la "ideología de la guerra"*, Buenos Aires, Losada.
- LÖWITH, K. (1974): *De Hegel a Nietzsche*, Buenos Aires, Sudamericana.
- MAYORGA, J. (2003): *Revolución conservadora y conservación revolucionaria. Política y memoria en Walter Benjamin*, Barcelona, México, Anthropos Editorial, UAM-Iztapalapa.
- MCMILLAN, J.F. (1992): *Twentieth Century France: Politics and Society, 1989-1991*, London, Edward Arnold.
- MERLIO, G. (2009): "Y a-t-il une «Révolution conservatrice» sous la République de Weimar?", en *La Révolution Conservatrice et les elites intellectuelles*, editado por B. Koehn, Rennes, PUR, pp. 15-32.
- MOHLER, A. (2005): *Die konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*, Graz, Leopold Stocker Verlag.
- MOSSE, G.L. (2005): *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons.
- MOYA, E. (1987): *La disputa del positivismo en la filosofía contemporánea: (una investigación sobre la política de la verdad)*, Murcia, Universidad de Murcia.
- OCAÑA, E. (1996): *Duelo e Historia. Un ensayo sobre Ernst Jünger*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- PADLEY, A.P. (2016): "Gas: The Greatest Terror of the Great War", *Anaesthesia Intensive Care*, 44, suppl., pp. 24-30.
- RAMAS SAN MIGUEL, C. (2014): "Técnica, modernidad y metafísica. Heidegger sobre Jünger", *Anuario filosófico*, 47(3), pp. 539-566.
- RAMAS SAN MIGUEL, C. (2019): "La idea de Europa en Hugo von Hofmannsthal (1914-1927) en el contexto de la Revolución Conservadora", *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 36(2), pp. 461-476.
- RODRÍGUEZ SUÁREZ, L.P. (2011): "Los diarios de E. Jünger como forma del presente", en *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo*, editado por L.P. Rodríguez y D. Pérez Chico, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 121-132.

- RODRÍGUEZ SUÁREZ, L.P. (2013): “E. Jünger: escritura de guerra y pensamiento antropológico”, *Thémata. Revista de Filosofía*, 48, pp. 191-199.
- ROMUALDI, A. (2002): *Corrientes políticas e ideológicas del nacionalismo alemán 1918-1932*, Tarragona, Ediciones Nueva República.
- SCHMITT, C. (2009): *Teología política*, Madrid, Trotta.
- SCHÖNING, M. (2014): “Kriegserfahrung und politische”, en *Ernst Jünger-Handbuch. Leben-Werk-Wirkung*, editado por M. Schöning, Stuttgart, Springer-Verlag GmbH Deutschland, pp. 5-25.
- SIMÓN GÓMEZ, M.A. (2007): “El decadentismo en la derecha radical contemporánea”, *Política y Sociedad*, 44(1), pp. 175-198.
- SONTHEIMER, K. (1992): *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933*, München, Deutscher Taschenbuch-Verlag.
- SOTO CARRASCO, D. (2013): *La conquista del estado liberal: Ramiro Ledesma Ramos*, Valencia, Kyrios Editorial.
- SOTO CARRASCO, D. (2018): “Violencia política y mito en el sindicalismo revolucionario de Georges Sorel”, *Eikasia. Revista de Filosofía*, 82, pp. 87-106.
- TRAVERSO, E. (2009): *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Universitat de València.
- VILLACAÑAS BERLANGA, J.L. (1999): *La nación y la guerra. Confederación y hegemonía como formas de concebir Europa*, Murcia, Diego Marín Librero Editor.
- WEBER, M. (1922): *Economía y Sociedad*. Ed. revisada y anotada por Francisco Gil Villegas; nota preliminar y trad. de J. Medina Echavarría; trad. de J. Roura Parella, E. Ímaz, E. García Máñez, J. Ferrater Mora, F. Gil Villegas, Madrid, FCE, 2002.

Recibido: 1 de enero de 2021

Aceptado: 13 de septiembre de 2021

David Soto Carrasco es doctor en filosofía política por la Universidad de Bolonia (Italia) y Profesor Titular de Filosofía Moral en la Universidad de Murcia. Ha publicado, entre otros libros, *La conquista del Estado liberal: Ramiro Ledesma Ramos* (2013), *Memorias iberoamericanas: historia, política y derecho* (2015), *España: historia y revelación. Un ensayo sobre el pensamiento político de María Zambrano* (2018) e *Historia Constitucional de Iberoamérica* (2019). Especializado en filosofía política contemporánea, historia de las ideas políticas y pensamiento conservador español. davsoto@um.es